

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

La despedida del padre del cuchillo

Emilio Sola

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 10/08/2012
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



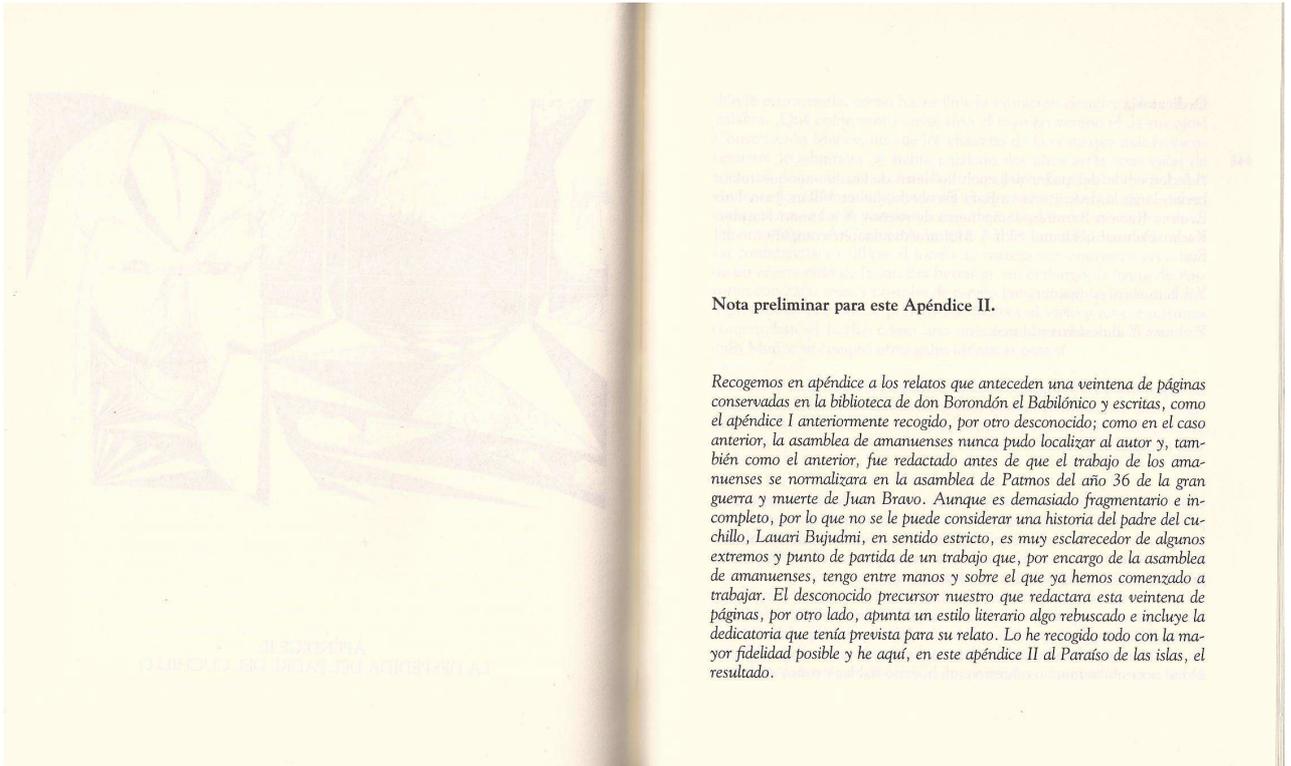
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com



Nota preliminar para este Apéndice II.

Recogemos en apéndice a los relatos que anteceden una veintena de páginas conservadas en la biblioteca de don Borondón el Babilónico y escritas, como el apéndice I anteriormente recogido, por otro desconocido; como en el caso anterior, la asamblea de amanuenses nunca pudo localizar al autor y, también como el anterior, fue redactado antes de que el trabajo de los amanuenses se normalizara en la asamblea de Patmos del año 36 de la gran guerra y muerte de Juan Bravo. Aunque es demasiado fragmentario e incompleto, por lo que no se le puede considerar una historia del padre del cuchillo, Lauari Bujudmi, en sentido estricto, es muy esclarecedor de algunos extremos y punto de partida de un trabajo que, por encargo de la asamblea de amanuenses, tengo entre manos y sobre el que ya hemos comenzado a trabajar. El desconocido precursor nuestro que redactara esta veintena de páginas, por otro lado, apunta un estilo literario algo rebuscado e incluye la dedicatoria que tenía prevista para su relato. Lo he recogido todo con la mayor fidelidad posible y he aquí, en este apéndice II al Paraíso de las islas, el resultado.

Dedicatoria

348

"La despedida del padre del cuchillo" está dedicado -aunque relato breve, larga la dedicatoria- a Rafa Escobedo, Javier Villán, Juan Luis Recio y Ramón Ramírez, compañeros de sueños. Y a Lauari Hanitet, Karim Dahmani, Hamid Skif y Mojtar Abdeluaret, compañeros del Sur.

Y a la música, compañera fiel.

Y al mar. Y al desierto y al mar.

1.

-Sólo bajo aquel sol era posible. Flaco y moreno, greñas descuidadas, poderosísima y encendida la mirada. Sólo bajo aquel sol era posible comprenderle. Contradictorio y apasionado, amaba el mar, los áridos llanos del sur, la música y la ciudad. Y, por supuesto, el sol. Y, por supuesto y por encima de todas las cosas, a la gente.

Más o menos así comenzaba siempre su relato el viejo Antonio el marino. Día tras día en el mismo rincón del emparado, nada más las últimas semanas de febrero dejaban anunciarse la próxima primavera. No se necesitaba mucho esfuerzo para hacerle hablar y todos sabían en

dónde encontrarle, cómo hacer fluir la vibración densa y calma de su palabra. ¡Qué color, santo cielo, sino el tuyo en verano el de sus ojos! Constelación Muñoz, uno de los chavales de la costa que más fervientemente le admiraba, le había regalado dos años atrás unas gafas de montura de pasta roja y cristales de espejo por fuera; el viejo le había comentado a Constelación, un día en un aparte, que sus ojos estaban cada vez más miopes y apenas soportaban el sol en los momentos de su máximo fulgor. A Constelación se le habían anegado los suyos al oír tal confidencia y calibrar el fondo de tristeza que encerraba en labios de un enamorado de la luz. Era hermosa, sin embargo, la figura de Antonio con gafas rojas y cristales de espejo en las horas centrales del día. Y pronto, en la costa, se pusieron de moda y el viejo y sus contertulios comentaban el hecho como una anécdota divertida más. Constelación Muñoz se compró otras gafas idénticas para sí.

349

-Sólo bajo aquel sol era posible comprender que su piel fuera negra en verano y ceniza clara en invierno, sus ojos negrísimos, sus manos gigantes y gesticulantes, su voz alborotada y caliente, su carcajada estentórea en los momentos de mayor peligro, o tensión, o alegría o desconcerto.

El viejo marino Antonio alargaba la pausa hasta calibrar el suspenso que el iniciado discurso creaba en sus oyentes, mensurable en densidad de silencio y rumor lejano de mar. Según costumbre, por entonces ya antigua, fijaba los ojos en el rostro del invitado o invitados del día y según los signos que captara -parpadeo o mirada fija, labios entreabiertos o herméticos, temblor o rigidez de mentón, tinte rosado o palidez de mejillas, signos que el viejo nunca había dado pie a interpretar a sus asiduos visitantes- alargaba o hacía más breve la narración, la enriquecía con divagaciones fabulosas o la ceñía a su mensaje nuclear, le imprimía cadencioso discurrir o la arritmaba nerviosa. Porque había

un acuerdo tácito entre el viejo Antonio el marinero y sus habituales, y era éste que nunca habían de rogarle su relato si no habían traído consigo un invitado, vírgenes al dicho sus oídos. Todos sabían también, consecuencia de su experiencia ya larga de oyentes, que no debían interrumpir al narrador mientras durase el tiempo -diez minutos, media hora, dos horas, nunca más- de narración; y sabían igualmente que tras ese momento, después de un breve brindis con una copa de vino (ya ritual de hecho), el viejo marinero pasaba a responder cuantas preguntas le fuesen hechas, según la inspiración del momento y la sabiduría de los contertulios. Aspectos o aventuras marginadas o ausentes aquel día del relato central podían ser abordadas entonces.

-Fue en el año treinta de su vida y nunca lo olvidaré. Volvíamos de Nueva York en el metanero Farewell después de un viaje rutinario más, y me dijo: "Antonio, el norte es nefasto y el sur es amable. Tener un norte en la vida, más que una estupidez o un disparate, es una desgracia". Y nada más desembarcar en Arzew se compró una camisa de seda roja y unos pantalones de pana negra. Se dio de baja en la compañía y nunca más volvió a trabajar en el mar.

Expectante silencio y rumor de mar. En la mesita del rincón del empujado bien sabía el tabernero Eulogio que el vino, la cerveza y el agua mineral gasada con granadina o menta no debían faltar. Y la música. Tal vez, o sin duda, la mejor colección de discos y cintas de la costa la tuviera en su poder o a su disposición Eulogio; su taberna-merendero entre la playa y el puerto se había convertido en verdadero lugar de encuentros para los cada vez más abundantes melómanos que de las más alejadas regiones del mundo acudían a su local. Pero la música, reina del aire -¿qué cadena, qué manos la habían instalado, qué mentes diseñado para convertir a la música en reina del aire?-, discretamente enmudecía en aquel rincón en el momento en el que el viejo

Antonio el marinero -bien se conocía en su postura y gesto, en la más acentuada intensidad de su mirada, incluso ahora que casi no veía o que las gafas, rojas y espejo, la ocultaban- comenzaba a hilvanar su historia.

-Fue entonces. Sólo bajo aquel sol era posible entender su imagen y comprender sus palabras. "No es verdad que seamos dioses: dios es nosotros", fueron las de despedida para mí. Salía para los oasis del sur con un grupo casi disparatado por lo aleatorio, vestido de rojo y negro como desde entonces siempre. Su escandalosa risa clavada la llevo aún dentro. Soy cinco años más joven que él y continúe por entonces mis viajes a bordo del metanero Farewell, hasta que la monotonía de las situaciones idénticas a anteriores situaciones se me hizo insoportable. Cuando le volví a ver, un par de años después, en las islas, ya tenía el colmillo superior izquierdo de plata y el paletón superior derecho de oro; tres años después, se había hecho colocar el paletón inferior izquierdo de plomo, el incisivo inferior derecho también en oro y -sorpresa espectacular técnica, ¿qué material utilizado?- el canino inferior derecho verde. Su sonreír, sobre todo en noches de luna llena, iluminaba la reunión. "Hay una belleza que el paso del tiempo se empeña en destruir y otra belleza que el hombre debe esforzarse en crear y a la que el grupo debe respetar, casi diría que venerar", me comentó por entonces, tal vez ante mi asombro admirativo ante su dentadura en tecnicolor.

Ningún lugar de la costa más apacible que la tabernita-merendero de Eulogio en el tiempo en el que el viejo Antonio hablara. Casi mágico el silencio, no importaba que hubiera visitantes ajenos al grupo puesto que su incorporación surgía de forma natural e inmediata, sin violencia ninguna, por pura vibración que unificara o sosegara. Incluso aquellos que no comprendían su lengua se hallaban de inmediato atraídos por la sutil trama -tela de araña finísima para insectos incautos-

de miradas confluyentes en unos únicos ojos -o cristales espejo misteriosos- y timbre de voz baja reposado con telón de fondo marino en las pausas, más mágicas cuanto más las alargara el viejo marinero.

-Nunca me llegó a pormenorizar lo que él y su grupo variopinto hicieron en los oasis del sur. Supe que permanecieron allí desde la luna llena de marzo a la luna llena de marzo del año solar siguiente; que aunque no vivían en comunidad sí compartían con la frecuencia mayor posible cama, mesa, trabajo y viajes; que dos de las chicas volvieron al norte en más o menos avanzado estado de gestación; y que esta realidad inspiró a mi amigo una de sus frases más concluyentes: "todo hijo será un accidente no deseado". Sé también que, una vez en las islas, el grupo tomó rumbos diferentes según la aventura personal de cada cual, pero siguió de alguna manera cohesionado; encargos, mensajes, cartas y postales por correo y por amigos, llamadas telefónicas, regalos a través de viajeros de paso, consultas, peticiones de ayuda, qué se yo qué no tabulado código de señales, por otra parte nada novedosas, comunicaba las islas al continente y las islas entre sí... Y siempre presidiendo aquella afirmación rotunda que tantas veces habré evocado para vosotros: "nunca formemos sociedad que no sea amistosa, nunca grupo excluyente, nunca fundéis iglesia". A Constelación Muñoz a estas alturas del relato se le atragantaba toda la capacidad de emoción -nada desdeñable- a la altura de la nuez, ésta subía y bajaba repetidamente y -otro ritual de hecho- como para recuperar su perdida calma apuraba una copa de vino -Eulogio, sabio él y previsor, no permitía que a esas alturas del relato la copa de Constelación no estuviera llena- que le devolvía a su original postura y gesto, piernas cruzadas, manos entrelazadas a la rodilla, desde cualquier ángulo diríase de perfil.

-Cinco años después de nuestra despedida en Arzew -"dioses es nosotros", recordad-, me reuní con él y con lo que restaba en las islas del

grupo, o lo que aquello pudiera ser... Y cuando digo las islas bien sabéis a qué me refiero, nómadas del mar nuestro cálido e interior éramos, muchos de vosotros lo sois ahora, la costa es sólo arrimo en la vejez, sabréis un día, añoranza de pasado vagar, arrimo pasajero... Sí, cinco años después, los treinta de mi vida. Participamos en el asfaltado de todas las carreteras construidas, en el alcantarillado moderno que a nivel de los más pequeños poblados construimos por entonces, en el dragado de infinidad de puertos, desde los mayores a mínimos de pescadores, en las sucesivas repoblaciones forestales que en quince años de vida nuestra se sucedieron. Os estoy hablando de mi vida, soy parte demasiado parcial e interesada como bien podréis comprender: fue el más hermoso tiempo de creación. Allí forjamos una de las más bellas leyendas de nuestro tiempo -el mío, os repito, tal vez peque de parcialidad-, el del paraíso de las islas. Vuestro es ahora, vuestro el nuevo acto de creación, míos el recuerdo y la sonrisa nostálgica final será...

Parecía que el relato podía quedar interrumpido en aquel punto; brevísimamente ese día, pero no importaba. Constelación Muñoz escudriñó el rostro del viejo: había terminado. En los cristales-espejo se reflejaba el sol poniente en ocasiones, en ocasiones la línea del mar.

2.

Todos levantaron la copa con el viejo Antonio.

-Por vosotros, por vuestro tiempo irrepitible de vida y esperanzas.

Atónita estaba Pepita María. Su amigo Constelación la había invitado aquella misma tarde al chiringuito de Eulogio para escuchar a Antonio el marinero y su historia, aunque tan breve, la había deslumbrado, si esa palabra pudiera servir para expresar el estado de excitación, o tal vez ansias de más saber sobre, que sentía. Tras la pausa del brindis, el grupo se cohesionó en torno a la mesita del rincón de la parra. Eulogio ofreció música y le rogaron que suave y algo relajante, de rico instrumental y poca percusión. Pronto acariciaba la reina del aire.

-Sí, exactamente en el año tercero de mi estancia en las islas fue la Operación Ulises. ¡Tiempos aquellos! Mucha gente movilizó desde aquel final de primavera. Sólo participé en los comités de puesta a punto final y recepción en octubre. Aquel otoño fue una delicia la lectura de cualquier periódico o revista, sugestivo -la imaginación a cualquier relato de cualquiera que se hubiera desplazado por el mundo de la mano de aquella campaña estelar. Y luego, la guerra cruel y absurda, la muerte de Juan Bravo y de nuevo la reconstrucción... Mi hijo Prisciliano me nació por entonces, el año primero de la guerra, y no fue en absoluto accidental sino en verdad deseado. Su madre Gina Manfredi y yo permanecemos juntos de viaje y en una isla diminuta y hermosa más de dos años; yo pasé después a otra isleta más occidental para lanzar allí lo que ya comenzábamos a llamar construcción de paraísos, y ella organizó con otros un grupo que montó una especie de cooperativa de cerámica y vidrio que se haría muy famosa al lanzar y poner de moda las tejas de vidriado de colores vivos y los remates de techos caprichosos. Aunque Gina permaneció algunos años en la misma isla, siempre con el niño Prisciliano, que la adoraba, a su lado, nos veíamos por lo menos una vez al año en algún lugar de este mar nuestro y estábamos en contacto casi permanente por cartas y amigos de paso. Luego Gina murió. No estuve en su entierro, pero sí visité su tumba en un campito frente al mar a las afueras de Trapani, jardín de

la casa de unos buenos amigos, antes de venir poco a poco a instalarme a este tramo de costa. A Prisciliano le veo, pero no más que a cualquiera de vosotros, y espero su visita un día de éstos; viene de América del Sur en un carguero yugoslavo. Si estáis por aquí ese día, os lo presentaré. Es un buen tipo, tal vez nuestra venganza, nuestra afirmación de vida, contra aquella guerra absurda y monstruosa. En su última carta me sigue jurando que no me hará abuelo. Sinceramente, se lo deso y agradezco.

Dulce arrobamiento, ensimismada Pepita María, sus ojos en los claros y de lento movimiento del viejo Antonio, ya las gafas de montura roja al lado de su vaso de vino sobre la mesita del rincón del emparado. Eulogio iba y venía como de costumbre; de vez en cuando, si la clientela de la barra del interior le concedía un breve descanso, se integraba en el grupo para escuchar un rato, observaba a los oyentes sin de éstos ser notado, sonreía -casi siempre sonreía Eulogio, pero en aquellos breves instantes más perceptiblemente- y se reincorporaba a su faena. Su omnipresencia apenas era advertida. La luna se elevaba hacia su orto, un camino de luz en la mar atardecida, autopista nevada hacia el misterio de la línea horizontal.

-Sí. Yo le amé tanto como él nos amaba a todos. "Moved el cuerpo, usad el cuerpo", nos decía con frecuencia, "que no pase un día sin que ofrecéis la hermosura, toda la belleza que cabe en vuestras manos". Y es verdadera también su obsesión por los árboles. Su viaje periódico a los oasis del sur tenía siempre una escala de ida y otra de vuelta obligadas: la gran muralla verde. Pienso que kilómetro a kilómetro la conocía, la había recorrido, las especies de árboles allí plantadas le eran tan familiares como la palmera o la talja, las había incorporado a su paisaje... El bosque, como el sol o la luna, o el desierto, o el mar, era elemento clave y esencial de su paisaje interior. Yo le acompañé al menos

en tres viajes al desierto, que recuerde bien ahora, tal vez cuatro, tras mi instalación en las islas. Crecía cada año la fascinación que ejercía sobre él el Sahara, el más hermoso nombre de mujer para mi amigo, y en el último viaje que hicieramos juntos, la última noche de estancia allí me comunicó que ya no volvería sino para quedarse, que aquel era su "mar Sahara", aquella la atmósfera para su ser pez/pájaro habitante de los mundos más altos y más profundos.

Pepita María miró a Constelación -como siempre, de perfil- y sus ojos se colmaron de lágrimas; absurdo, pero sintió vergüenza de ello, de que al exterior se manifestase tan patentemente su estado interior emocionado; hubiera sido un signo de madurez que ello no le importara, lo sabía, pero también sabía que ella tenía derecho aún a ser inmadura; así que, un poco para llamar la atención de su amigo, otro poco porque así lo deseaba, tomó las gafas que Constelación había dejado junto a su vaso de vino, montura de pasta roja y cristales espejo al exterior al igual que las del viejo Antonio, y se las puso. Y Constelación, desde su ángulo, pudo observar la luna, ya alta y brillante, la tarde oscurecida, dos lunas en los espejos que ocultaban los ojos de su amiga Pepita María.

-Sí, él nos amó mucho. Tentado estaba de decir demasiado, aunque sé que es palabra que no tiene sentido en este caso. Nunca nos negó ni su cuerpo, ni su trabajo, ni su palabra. Eso era para él fundamental. Porque pensaba que un hombre es un sexo penetrante, un trabajo y una palabra; que una mujer es un sexo a ser penetrado, un trabajo y una palabra; que el hombre y la mujer son, en definitiva, pura relación. Y que el "penetrante" y "a ser penetrado" es lo único pura anécdota en el ser humano, los únicos no sustantivos de su a modo de definición de qué pudiéramos ser, de qué debiéramos ser, de qué, de hecho, somos... Sí, él me amó mucho, tanto como yo a él; el resto de mis

días serán un homenaje a su memoria, a la memoria de nuestra amistad. Estas palabras lo son; mis tertulias con vosotros lo son; este sol que se ha puesto y esta mar, esta luna que se eleva y que estoy viendo, con vosotros, lo son... El nacimiento de Prisciliano Manfredi, al que hoy, ya viejo, puedo presentaros como hijo mío, supuso un pequeño paréntesis -dos años seguidos de alejamiento físico, sin mensajes, visitas ni regalos- y el único reproche que recibiera en mi vida de boca suya. Era el reproche sutil y lógico, ocupó su formulación los primeros dos minutos de nuestro reencuentro tras el abrazo -a los tres años de la guerra, creo recordar-, y su síntesis podría ser: había habido una indelicadeza con los demás por mi parte, y era ésta el haberme hecho cargo del cuidado del embarazo y post-parto de Gina sabiendo con certeza que su hijo era también mío. A Gina, sin embargo, nada le reprochó; siguió amándola tanto como antes la había amado, antes que yo sé que visitó su tumba en el huertecito de Trapani -a la sombra de una higuera por la mañana, a la sombra de un ciruelo al atardecer-, en viaje expresamente a ello dirigido. Por Prisciliano Manfredi veló con particular atención; mucho más trato tuvo con él que yo, más que yo tiempo vasto invertió en su educación sentimental, a él más que a mí debe el hijo de Gina su libertad.

La música y la noche -dos reinas cada una a su tiempo despóticas y dulces-, la luna y el mar -dos presencias que ni una memoria angustiada olvidaría-, rito cumplido. Era tarde y el grupo se fue disgregando tras saludos, hastaluegos, adioses y sonrisas; Eulogio -más ancha de nuevo y perceptible la de siempre en su cara- aligeró la mesita del rincón del emparado de su peso ligero y transparente apto para el vuelo, y solos quedaron frente al velador la copa de vino apenas comenzada, unas gafas de color dulcificado por las escasas luces artificiales que sus espejos reflejaron y el viejo marinero Antonio, su mano, a la altura de sus ojos celestes, en leve movimiento por el postrer saludo, relajado y feliz.

3.

358

Constelación Muñoz y Pepita María habían sido los últimos en abandonar el velador del rincón del emparrado. Aún tomaron una copa -la música magnífica- en la barra del interior, bromearon con Eulogio sobre algún mínimo suceso cotidiano y se adentraron, los pies desnudos, en la playa en sombra.

-Magnífica está la luna, Constelación.

-Magnífica. Una noche perfecta.

-¿Has tomado las precauciones, como habíamos convenido?

-Claro que sí, querida. No debes sentir ningún temor. Es uno de los anticonceptivos más seguros.

-No es que tenga miedo... Más bien, todo lo contrario. Estoy muy ilusionada. Pero la sangre me impresiona, ¿sabes? Desde niña me pasa y no lo puedo remediar.

-Tranquila, Pepita. Pronto te olvidarás de ella. Sólo debes procurar que se quede grabado el placer en tu memoria.

-Te estoy muy agradecida, Constelación.

-Me apena el no poder estar en la fiesta de tu cumpleaños. Ya tengo reservado el billete de avión para mañana a mediodía.

-Yo he hablado con Alexis. El me ayudará en los días que vengan a ahuyentar el fantasma de la fijación.

-Perfecto, linda.

-Y gracias de nuevo, amigo. Me horrorizaba entrar niña en mi año deciséis de vida.

4.

-Porque sabíamos que todos teníamos derecho a ser felices, sin excepción alguna todos; y que no hay muchas felicidades sino que ella es una, la misma para cada uno, y todos la queríamos toda... entre otras cosas por imposible de parcelar... Porque supimos que sólo la acción vence a la muerte, y que amar y actuar pudieran ser la misma cosa...

Constelación Muñoz había llegado a mediodía al aeropuerto de la isla. Allí le esperaba Robert Weismuller.

-Tarzán para los amigos, al parecer pariente lejano del antiguo y ya legendario nadador y actor yanqui- y Montse Pujol, isleña enamorada de los almendros en flor de su tierra natal, a la que cada año volvía, fuese el que fuese el lugar en el que se hallara, por enero o febrero.

-Se va mañana. No hemos podido retenerle por más tiempo entre nosotros.

359

360

Constelación traía cartas de amigos para amigos por entonces en la isla, así como un regalo -además de cartas y saludos- del viejo Antonio para su antiguo amigo y compañero de sueños y aventuras. Se dirigieron directamente a la casa, veinte minutos en auto desde el aeropuerto, masía a orillas de la mar rodeada por un huertecillo de almendros, en donde se alojaba el grupo. Montse Pujol conservaba como la más preciosa joya legado de sus antepasados aquella masía de idílico entorno; era su paisaje familiar, la ventana abierta sobre el mundo de la niñez a donde sabía que había de volver en sus años finales de vida, atmósfera protectora y amiga... El lugar elegido para que su hijo -Ahmed Pujol, mulato claro, ojos negríssimos, nariz perfecta, manos de poderosos dedos ya, talle ligero- arraigara en una tierra dulce, en una casa antigua, cerca del mar y bajo un cielo amable creador de vibraciones tranquilizadoras...

-Porque supimos todo eso y más, fue posible la conjunción feliz de nuestras vidas aquí y su más visible resultado, eso que han dado en llamar el paraíso de las islas, el nuestro a fin de cuentas, el vuestro enteramente ya...

Aparcaron el vetusto automóvil bajo la higuera grande, cerca del gallinero y el pozo, dejaron la bolsa de viaje de Constelación en el banco corrido del a modo de zaguán de la casa y pasaron los tres, Montse, Tarzán y Constelación, a la parte posterior, el rincón más resguardado del huertito de los almendros, allí en donde, tras un roquedal a la sombra de viejísimos pinos de alta copa, se estaba el mar.

La música. También allí, entre los almendros, reina del aire. Constelación saludó a algunos conocidos entre los presentes, abrazos y sonrisas, alguna carta, y se llegó hasta el grupo donde -tomaban el té- hablaba el invitado.

-Esto es para ti, de parte de Antonio el marinero... Ayer tarde mismo le dejé en la costa. Evocó para nosotros, al saber que venía a saludarte, algunas anécdotas de vuestro tiempo pasado. Va bien de salud y me encarga que te dé un fuerte abrazo.

Mientras leía la breve nota y se probaba divertido unas gafas de montura roja y cristales de espejo, Constelación le observaba. Le notó muy envejecido, mucho más que en la última ocasión que le viera en Creta, la antigua Candía, tal vez año y medio atrás, el día de la fiesta del bosque y los jardines, cuando había inaugurado el fruto del esfuerzo de dos años de su grupo de trabajo de arqueólogos, arquitectos y jardineros.

-Así que tú eres Constelación Muñoz, hijo de María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón... En realidad tuvimos poco trato tú y yo, no más de dos veces te vi desde que eras niño... Dale a tu madre esta sortija de mi parte, querido... -y se quitó de su dedo índice un sortijón de plata curiosamente labrado en forma de desnudo femenino anillado-. Un amigo común la talló y fundió; ella le sabrá reconocer a través de tan bello objeto.

Algunos de los que habían pasado el invierno en la isla comenzaban a llegar de su trabajo. Estaban por entonces en la fase final de la campaña de repoblación de zonas forestales, en trabajos de rutina de sondeo y perforación de nuevos pozos de agua y -un pequeño grupo- en la revisión final de alcantarillado rural y provisiones en ese campo para el futuro. Después del baño, auténtico ritual después del trabajo y tras el amor, y allí -tan cerca el mar- baño de mar, se iban incorporando poco a poco a la tertulia -tomaban el té- del huerto de los almendros. Todos sabían que era el último día en la isla del viajero. Y todos tenían interés en escucharle.

361

-Tu pariente lejano Antón Dolores fue un auténtico precursor. Ni costeño ni isleño, hombre del interior, su viaje al sur fue fecundo. Su pensamiento y la memoria de su vida y muerte, clarificadores para nosotros. El nos dejó dicho que el rostro de dios es el de la imagen de nuestro grupo en el espejo, que todos los atributos divinos clásicos de las viejas religiones son "nuestros" atributos... Pero bien poco puedo yo decirlo de Antón que no sepáis. Sólo añadir que tengo ya el permiso necesario para construir en el lugar de su muerte y sepulcro, en el corazón del Hoggar, una casita abovedada y blanca que albergue a los viajeros y con una mínima biblioteca con todos los escritos de Antón en todas las lenguas y alfabetos posibles.

Constelación Muñoz recordó su niñez con su madre María de la Soledad y cómo su educación había girado en torno a la memoria del primo Antón, muerto lejos y antes de la creación de la Gran Confederación pero muy cercano en sus vidas, colega y amigo del presidente Juan Bravo, de alguna manera misteriosa motor de aquellos años estelares, ya para él historia lejana como hombre nacido en la postguerra... ¡La Gran Confederación Centro-Sur! Para aquella muchachada de costeños, isleños y hombres y mujeres del interior afincados en la costa o en las islas en sus años centrales de vida creadora y que habían de volver al interior original un día -o no- con su memoria desbordante de luz y mar meridionales y palabras con mensajes de paz y de alegría, para todos, allí reunidos con uno de sus mayores, responsable del paraíso de las islas, su presente amado, la Gran Confederación Centro-Sur guardaba aún tesoros de prestigio, casi podría decirse que era realidad deseable creadora de verdaderos atavismos, profunda cultura ya.

-Sí que recuerdo a Juan Bravo, viejo amigo, y he llorado mucho su muerte dramática... pero os juro que muy bella. Participé en su momento en la recolección de datos para su homenaje póstumo y recuer-

do con emoción su único texto íntegro conservado, aquella carta a una revista en la cual nunca llegaría a ser publicada. Decía, y hoy puedo decir que aquella leve y marginal afirmación suya fue fruto de una previa conversación nuestra frente a una copa de vino, decía que no estaba preparado para hablar del amor. Hoy, y en su memoria lo hago pues sé que era sabio en esa materia, voy a intentar coordinar un breve discurso sobre el amor. A vosotras y vosotros, a quienes amo tanto, de quienes me siento profundamente enamorado, os lo dedico.

El sol, pues ubicados en la costa occidental de la isla, magnífico y lento en su marco o reino azul se aproximaba para su beso cotidiano y esférico a la línea horizontal, para el ojo frontera del gran espejo líquido y reflejante de la mayor de las visibles y palpables inmensidad. Luego sería la más bella de las inmersiones, tras el trabajo y tras el amor. Sirio y la Polar con su corte admirable, luego, y dicen que mucho más al sur otras estrellas, invitarían a los grupos a la ensoñación y al ensayo diario de la muerte, sueño suprema dramática representación.

-Es mísera una existencia sin amor y no hay un vivir hermoso y dulce si no es el enamorado. Pero hay un amor -guardemos de momento esta denominación ambigua- mezquino y triste, creador de monstruos y seres que invitan a la compasión, si no al desprecio, o, mejor, seres abominables... Más miserable aún que vivir sin amor es el vivir atormentado y atormentando con amores excluyentes. "Amor excluyente": he ahí una típica contradicción lingüística, aunque real de hecho aún. Y frente a esa, llamemos, realidad, amor integrante. Maldito sea el -llamémosle así una postrera vez- amor que excluye o desintegra. Mejor aún: eso no es amor sino una farsa o su caricatura obscena.

Allí estaba, última tarde de su estancia en la isla, flaco y moreno, la mirada encendida, cabello afro no demasiado crecido, pantalón negro

de pana gorda y camisa de carmín intenso, manos inmensas y móviles, sonrisa -sus dientes, ¡santo cielo!, de colores- iluminante, botas camperas de cuero simple vuelto, anillos, sortijas, broches, pulseras, collares, muchos o pocos o ninguno según los días pues como moscas podían posarse en su cuerpo un momento y desaparecer de nuevo para pasar a otro cuerpo, como antiguos protectores talismanes portadores de baraka, amistoso mensaje nada más sin embargo... Y su voz tronante.

-Amor que integra, que conforma grupo creador, que relaja y no aturde, nunca excluyente, ni celoso, ni interesado, como la música en el aire o las palabras, comunicante, comunicante, ¡oh, tú mismo...! Pero es absurdo hablar del amor, y más en similares términos abstrusos. Le digo al hombre: no tengas hijos propios pero procura hacerte cargo de al menos un hijo ajeno. Emparejar con la madre de tu futuro hijo es falta de cortesía. Y a la mujer le digo: no emparejes con el padre de tu hijo, cuando sepas quién es; en su niñez procura que se integre en una casa y un paisaje, que pueda decir que es de allí de donde ha nacido. Primer deber del grupo es asegurarle esos extremos. Y poco más. Que vuestro cuerpo esté siempre abierto a los otros: a nadie se le puede negar una caricia. Y, elemental, cualquier manifestación de erotismo no dirigida a la procreación es más elevada; la procreación es un acto de madura reflexión o un azar desafortunado. Y esto podría ser todo si no tuviera una última consideración que a tantos pareciera absurda y no lo es: máxima manifestación de amor, el trabajo creador del grupo. Trabajar y enseñar a trabajar es amar... Sí, ya me lo sé... Si no te gusta un trabajo es que no te han amado bien o tú no sabes amar... y espere-mos que aún y no por siempre, querido...

Las gafas de montura roja y cristales de espejo, regalo del viejo Antonio, la dentadura de colores -¡santo cielo, el colmillo verde!-, los dijes que aún adornaban su cuerpo a pesar de los múltiples regalos de aque-

lla tarde, su risa escandalosa y musical, la música misma... El mar cercano y las rocas, los pinos de alta copa y los almendros, el grupo distendido y amistoso -las gallinas de retirada hacia el gallinero, los niños bulliciosos, alguna cabra suelta y una vaca-, la estática casona... Última tarde en las islas, ciclo vital transcurrido fértil, los ojos que le miran y su risa mágica realidad -tú en los otros, otra medida-, Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, se despedía.

-Aunque no lo parezca me siento muy cansado. Podréis encontrarme en mi costa de origen, pues soy como sabéis costeño, algunos meses más... Pero, luego, el sur me espera. Allí continuaré, como hasta hoy lo he sido, feliz.

5.

¡Cuánto una tarde del final del verano puede dar de sí! Lauari Bujudmi se sintió repentinamente viejo de inmemoriales siglos. Había llegado el momento de abandonar el mar, de instalarse -siempre la provisionalidad esperándole a la puerta de su elegida casa- tal vez un tiempo no demasiado largo -ese cuerpo que envejece, realidad que hay que esforzarse mucho para encontrar hermosa- lejos de aquel tramo de costa que había logrado que le resultara familiar, clima y paisaje protectores, accesible aún a los amigos. El paraíso de las islas quedaba para otros. Ya los conocía, sabía quiénes eran, tesoro bien guardado, tránsito -de un tiempo a otro tiempo- en paz...

366

La música... Costa de la antigua Berbería, sol sureño terrible y muy hermoso, vida adormilada y renaciente en cada atardecer, noche espectáculo inolvidable cada una en sí misma y pleno. Nada más saber la nueva de que Lauari Bujudmi había iniciado su viaje al sur, Prisciliano Manfredi había acudido al lugar en el que le dijeron que se encontraba. Había heredado de su padre Antonio los ojos clarísimos, tanto que se diría que la luz los enojaba, había heredado de su madre Gina el cabello oscuro y fuerte y el perfil de clásica serenidad mediterránea. Su infancia y primera adolescencia en las islas las llevaba para siempre impresas en la piel, tersa y brillante piel morena que todos los mares de la tierra después habían contribuido a fijar cual era hermosa y firme. Sus largos meses de aprendizaje al lado de Lauari Bujudmi, años insondables e incorporados para siempre a su tal cual era -plenu- tud- cálido y abierto a los otros ser...

-Amigo mío...

Fue el más largo abrazo aquel del reencuentro y emotivo; nadie recordaba haber visto antes a Lauari llorar.

-Bello viejo mío...

Alexis y Pepita María -al día siguiente regresarían a su costa con cartas y regalos para el viejo Antontio- trajeron dátiles y leche para todos. Prisciliano relataba las historias más sobresalientes de sus viajes, de gentes a las que había conocido y amado, de ciudades lejanas en las que había dejado sembradas semillas de nostalgia, de otros mares y otras estrellas.

-Tengo decidido instalarme en las islas. Vuelvo para quedarme. Para llegar a tu belleza, bello viejo. Estaré aquí con vosotros hasta el final

367

de la presente luna, a comienzos del otoño visitaré el huertito de Trapani en donde ella está enterrada, y luego... Me esperan en Creta. Una amiga turca que conocí en Cartagena de Indias y un amigo griego que conocí en Taití me hablaron del gran jardín de Cnosos; quiero a él dedicarle mi tiempo próximo de actividad. Y luego... me gustaría prepararme para integrar un grupo que trabajará en la remodelación del sector de pesca de bajura; he soñado mucho con una aldea de pescadores en una isla mínima que debo descubrir. Confío en la buena suerte.

Pepita María había conseguido kjol y jenna para sus amigos de la costa; era un tópico ya, pero seguían siendo los de allí muy apreciados. Hizo barro con la jenna y con él coloreó uñas y palmas de la mano, círculo como luna casi rosada; al llegar a Prisciliano, con un beso le dijo "bienvenido". Luego se empeñó en poner kjol en sus ojos -"así será un más hermoso jardín de estanques y palmeras"- Alexis, entre tanto, improvisó unas palabras de agradecimiento: "en nombre de todos, gracias por tu regreso a las islas". Y el silencio de la noche se adensó en la azotea de la casa que ocupara Lauari. Era tarde ya, muchos de los allí reunidos tenían trabajo al alba, el lugar era fresco, se distribuyeron mantas, cada cual eligió sus colores preferidos, y el sueño -una vez más, mil veces, cuántas ya- los hermanó bajo la bóveda inmensa y estrellada...

A medida que se aproximaba la luna llena de septiembre, momento, tras ella, elegido para la separación, un como desasosiego les ganaba. Pensaban que algo debían hacer de profundo simbolismo y perennidad, aunque no se lo comunicaran el uno al otro. Y poco antes de la luna llena de la separación surgió la idea tras una conversación sobre el sentido profundo de los dibujos geométricos de la cerámica neolítica de la región. Recordaba Lauari haber visto motivos similares en muñecas y tobillos de una de sus bisabuelas maternas, y este simple

368

hecho constatado abrió todo un mundo de sugerencias imaginativas en Prisciliano.

-Quiero, en tu honor y en memoria tuya, llevar tatuado en mi cuerpo el símbolo de la fertilidad y de la vida.

Aquella misma noche se realizó la operación. El lugar elegido por Prisciliano, en medio del buen humor general, fue la nalga derecha. Lauari se animó y se hizo tatuar también los dos símbolos aunque, más clásico él, uno en el brazo izquierdo, cerca del hombro, y otro entre el antebrazo y el dorso de la mano izquierda igualmente, prácticamente sobre la articulación de la muñeca. Luego, muy avanzada ya la noche, hermosísima la luna, en un acto de generosidad suprema, Lauari se hizo extraer el colmillo verde y se lo ofreció a Prisciliano.

-Regálasele al primer chico o a la primera chica que adoptes el día, o mejor la noche, de vuestra separación.

María de la Soledad Muñoz Dolores llegó a la costa de la antigua Berbería, portalón del sur del sur, en el mismo avión que Prisciliano Manfredi había de tomar para su vuelo de regreso a las islas. Los dos viajeros se saludaron con cuatro sonoros besos; tantos años sin verle, María de la Soledad casi no había reconocido al Manfredi. Lauari había acudido al aeropuerto para recibir a María de la Soledad, no para despedir a Prisciliano; siempre había odiado acompañar a los que parten y amado recibir a los que llegan. María de la Soledad y el Bujudmi se entrelazaron en largo y apretado abrazo.

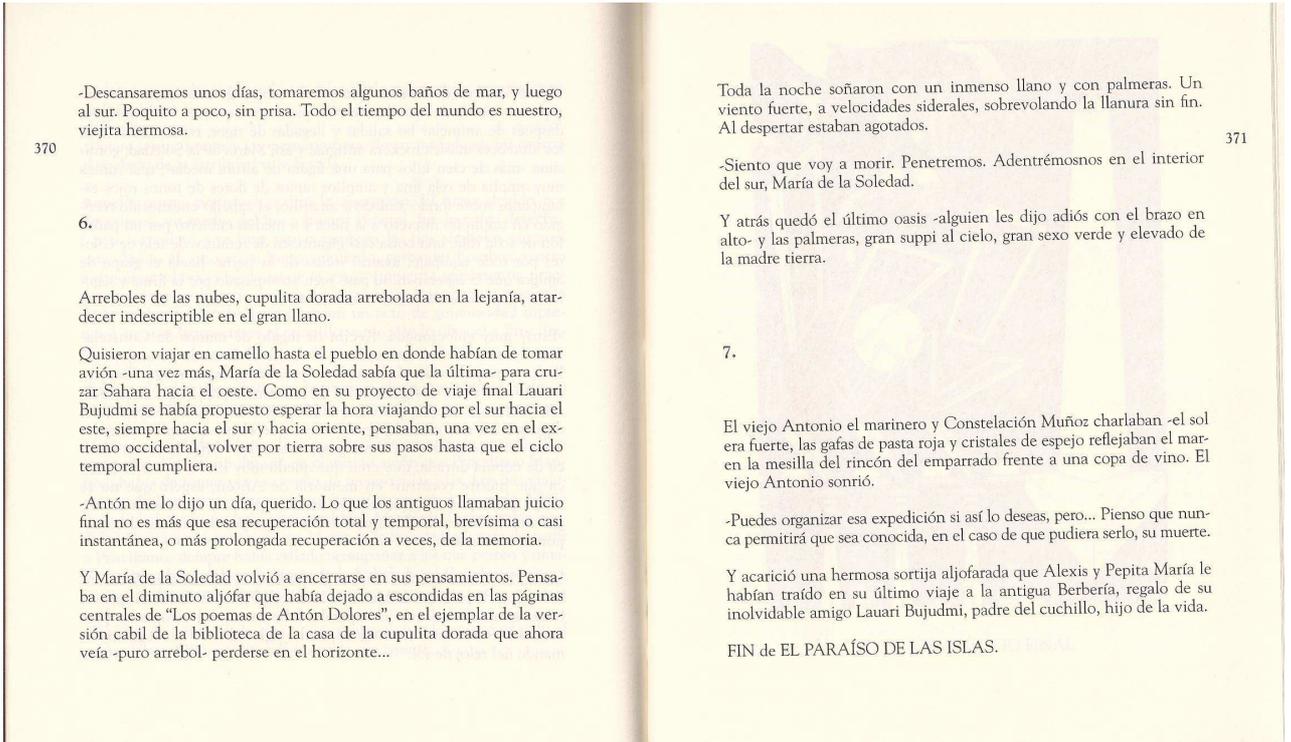
-¡Cuánto has engordado, tía, y qué guapa estás! -le musitó al oído el padre del cuchillo quedito-. Estas rosas son para tí.

369

Habían convenido con los chicos de la cabina de información del aeropuerto que nada más llegasen los pasajeros de aquel vuelo a tierra, después de anunciar las salidas y llegadas de rigor, transmitieran por los altavoces música rockera antigua; y así, María de la Soledad, gordísima -más de cien kilos para una figura de altura media-, una túnica muy amplia de tela fina y amplios ramos de flores de tonos rojos estampados sobre fondo azulado y amarillo, el cabello encanecido recogido en un moño discreto a la nuca y a medias cubierto por un pañolón de seda roja, una bolsa casi gigantesca de retalitos de tela de colores por todo equipaje, avanzó -reina de la tierra- hacia el grupo de amigos que la esperaban, su paso bien acompasado por la firme y segura -música rockera antigua- reina del aire.

-Estoy muy emocionada. Recibí tu regalo de manos de Constelación -y mostraba en una cadena al cuello el desnudo de mujer anillado- y preparé viaje de inmediato para reunirme contigo. Constelación me regaló sus gafas rojas de cristales-espejo, aquí en el bolsón las traigo, espero que no se me hayan roto con tanto trajín, me dijo que las necesitaría para el viaje, que el sur es luminosísimo... Mira tú, si lo sabré yo... Y me gustaría mucho visitar la casita blanca de cúpula dorada, que creo que quedó muy linda, la casita blanca que hiciste construir en memoria de Antón, espero que no te enoje pasar por allí, querido, antes de seguir... y no te rías de mí, por favor, nunca me habituaré a los viajes por avión, me descomponen los nervios...

Lauari Bujudmi dejó de contener la risa al final del nervioso y encantador fluir de palabras de María de la Soledad y, del brazo, se dirigieron hacia el automóvil que les esperaba a la puerta del aeropuerto para conducirles a la casa -ya antigua, ¿medio siglo tal vez?- que seguían llamando del reloj de sol.



370 -Descansaremos unos días, tomaremos algunos baños de mar, y luego al sur. Poquito a poco, sin prisa. Todo el tiempo del mundo es nuestro, viejita hermosa.

6.

Arreboles de las nubes, cupulita dorada arbolada en la lejanía, atardecer indescriptible en el gran llano.

Quisieron viajar en camello hasta el pueblo en donde habían de tomar avión -una vez más, María de la Soledad sabía que la última- para cruzar Sahara hacia el oeste. Como en su proyecto de viaje final Lauari Bujudmi se había propuesto esperar la hora viajando por el sur hacia el este, siempre hacía el sur y hacía oriente, pensaban, una vez en el extremo occidental, volver por tierra sobre sus pasos hasta que el ciclo temporal cumpliera.

-Antón me lo dijo un día, querido. Lo que los antiguos llamaban juicio final no es más que esa recuperación total y temporal, brevísima o casi instantánea, o más prolongada recuperación a veces, de la memoria.

Y María de la Soledad volvió a encerrarse en sus pensamientos. Pensaba en el diminuto aljofar que había dejado a escondidas en las páginas centrales de "Los poemas de Antón Dolores", en el ejemplar de la versión cabil de la biblioteca de la casa de la cupulita dorada que ahora veía -puro arbol- perderse en el horizonte...

Toda la noche soñaron con un inmenso llano y con palmeras. Un viento fuerte, a velocidades siderales, sobrevolando la llanura sin fin. Al despertar estaban agotados.

371

-Siento que voy a morir. Penetremos. Adentrémosnos en el interior del sur, María de la Soledad.

Y atrás quedó el último oasis -alguien les dijo adiós con el brazo en alto- y las palmeras, gran suppi al cielo, gran sexo verde y elevado de la madre tierra.

7.

El viejo Antonio el marinero y Constelación Muñoz charlaban -el sol era fuerte, las gafas de pasta roja y cristales de espejo reflejaban el mar- en la mesilla del rincón del emparrado frente a una copa de vino. El viejo Antonio sonrió.

-Puedes organizar esa expedición si así lo deseas, pero... Pienso que nunca permitirá que sea conocida, en el caso de que pudiera serlo, su muerte.

Y acarició una hermosa sortija aljofarada que Alexis y Pepita María le habían traído en su último viaje a la antigua Berbería, regalo de su inolvidable amigo Lauari Bujudmi, padre del cuchillo, hijo de la vida.

FIN de EL PARAÍSO DE LAS ISLAS.

FIN DE LA DESPEDIDA DEL PADRE DEL CUCHILLO